

Plaza pública

para la edición del 14 de marzo de 1995

Economía inhumana

Miguel Ángel Granados Chapa

El Presidente Zedillo ratificó en su mensaje dominical las nociones que los miembros de su gabinete económico han expresado sobre la naturaleza de la crisis: será un periodo de gran rudeza, que demandará sacrificios de todos. Ese enunciado, sin embargo, disfraza en la frialdad de las afirmaciones de orden general, la tragedia de millones de mexicanos. A un país necesitado de crecimiento, se le receta la recesión.

El secretario del Trabajo Santiago Oñate se refirió sin estremecimiento alguno al fenómeno del desempleo inminente: además de las 250 mil personas que perdieron su empleo en este comienzo de año, medio millón más estará en esa condición en los próximos meses. El sector público contribuirá a esa pesada situación recortando el treinta por ciento de su personal. Así nada más, como quien poda un árbol.

Si vivieramos en una sociedad donde el valor de las personas fuera superior al cuadramiento de los números, y al cumplimiento de un dudoso código de honor internacional, ese anuncio sobre el desempleo que está por generarse debería producir escándalo. Detrás de cada despido provocado por la crisis hay un destino personal o familiar que se oscurece o agota, pues las opciones se estrechan o desaparecen. Lanzar a las tinieblas exteriores

de la desocupación a miles de personas, a sabiendas de la secuela trágica que con ese acto se inicia, merecería que quien la adopta figure en el primer lugar de la lista de desempleados, al menos por su ineficacia en hallar una fórmula menos inhumana de resolver un problema surgido de una estructura económica torcida.

No es una tontería demandar soluciones humanas a los problemas económicos, pues en último término la producción y distribución de bienes y servicios debe tener una perspectiva humana, o carece de sentido. Por eso es riesgoso librar a las puras fuerzas del mercado (si tal cosa es posible) el funcionamiento de la economía, porque la dirige hacia propósitos distintos de la satisfacción de necesidades específicas de las personas, o de la mayoría de ellas, pues algunos intereses individuales sí resultan más que colmados.

Al presentar su programa de acción el jueves 9 de marzo, el secretario de Hacienda Guillermo Ortiz comparó la economía pública con la economía familiar, al referirse al equilibrio que debe haber entre ingresos y gastos. En general es inadmisibles esa metáfora. Analítica y políticamente es posible hallar un gran número de diferencias entre ambos géneros de economías, entre otras el que la gestión de la economía familiar se hace a partir de un patrimonio propio, mientras que los rectores de la economía pública administran bienes ajenos. Pero si la comparación fuera dable, de ella se extraerían lecciones que el gobierno haría bien en aplicar. Y no argumenten contra la aparente simplicidad de estas notas, sonriendo desdeñosos, los expertos en teoría

económica que nos asestan sus programas: ya demostraron que dicen saber, pero no saben.

Por ejemplo, es claro para todos que una madre de familia o un padre de familia tenderían a buscar el bien de sus hijos. En caso de extrema urgencia, procurarán no desatender las necesidades básicas de sus dependientes. Si no se tiene para comer, se pide fiado. Si la atención de una enfermedad lo requiere, se toma un crédito, incluso con usureros: todo antes que el sacrificio de las personas. Resulta comprensible y recomendable la austeridad de una cabeza de familia que hace entender a los suyos la imposibilidad de incurrir en un gasto superfluo, de cuantía mayor que la de sus capacidades. Pero resultaría grotesca y hasta indignante la adusta actitud de un paterfamilias que condene a muerte a sus hijos sólo porque rehúsa quedar mal fuera del ámbito familiar, renegociando su deuda, pidiendo nuevos plazos y aun mayores créditos.

En vez de optar por una economía que favorezca la creación de empleos y anime la estructura de producción, se elige la vía restrictiva, siempre dañina pero aún más perniciosa cuando se ceba en un cuerpo social ya muy minado por desnutrición crónica. Por añadidura, como los médicos de la Edad Media, que sangraban a sus exhaustos pacientes, al cabo del tratamiento podemos enfrentarnos con la evidencia de que el sacrificio fue inútil, porque las sanguijuelas curativas en realidad chuparon la vida de la víctima. Una medicación tan severa como la que propugna el gobierno requiere un diagnóstico certero, y estamos lejos de

contar con él. Los miembros del gabinete que abordan la cuestión se atreven a hablar de "dos o tres meses" así, como al buen tuntún, como el improbable plazo para que se produzca tal o cual efecto de un programa que debería haber sido estudiado con extremo rigor. Y el propio Presidente de la República nos sorprende al decirnos que las condiciones económicas son más difíciles "de lo que se creyó" al despuntar enero. ¿Y si al iniciarse el segundo semestre se nos azora con un nuevo descubrimiento sobre una mayor gravedad, requerida de otra terapia?

Si se olvidaran los prejuicios del dogmatismo monetarista, sería posible encontrar fórmulas que resuelvan la trágica paradoja de que haya hombres sin trabajo en un mundo por trabajar

cajón de sastre.

El ex procurador general de la República, Ignacio Morales Lechuga, ha concluido su misión como embajador de México en París, que duró dos años, y ahora volverá a su notaría. Lo reemplazará el ex presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Ulises Schmill, a quien correspondió el descabezamiento del poder judicial en cuya cúspide se hallaba. No se improvisará en la diplomacia, pues ya representó a México ante los gobiernos de Alemania federal, Hungría y Austria, y los organismos internacionales con sede en Viena. Al nuevo embajador en Francia tocará presenciar el relevo gubernamental en ese país, tras las elecciones de mayo, y al término del prolongado mandato, de catorce años, del presidente Francois Mitterrand.

Economía inhumana

Impasibles, las autoridades mexicanas decretan una política económica recesiva, contraria a los intereses generales que demandan crecimiento para que no haya necesidades insatisfechas ni hombres sin trabajo en un mundo por trabajar.



El presidente Zedillo ratificó en su mensaje dominical las nociones que los miembros de su gabinete económico han expresado sobre la naturaleza de la crisis: será un período de gran rudeza, que demandará sacrificios de todos. Ese enunciado, sin embargo, disfraza en la frialdad de las afirmaciones de orden general, la tragedia de millones de mexicanos. A un país necesitado de crecimiento, se le receta la recesión.

El secretario del Trabajo Santiago Oñate se refirió sin estremecimiento alguno al fenómeno del desempleo inminente: además de las 250 mil personas que perdieron su empleo en este comienzo de año, medio millón más estará en esa condición en los próximos meses. El sector público contribuirá a esa pesada situación recortando el treinta por ciento de su personal. Así nada más, como quien poda un árbol.

Si viviéramos en una sociedad donde el valor de las personas fuera superior al cuadruplicado de los números, y al cumplimiento de un dudoso código de honor internacional, ese anuncio sobre el desempleo que está por generarse debería producir escándalo. Detrás de cada despido provocado por la crisis hay un destino personal o familiar que se oscurece o agota, pues las opciones se estrechan o desaparecen. Lanzar a las tinieblas exteriores de la desocupación a miles de personas, a sabiendas de la secuela trágica que con ese acto se inicia, merecería que quien la adopta figure en el primer lugar de la lista de desempleados, al menos por su ineficacia en hallar una fórmula menos inhumana de resolver un problema surgido de una estructura económica torcida.

No es una tontería demandar soluciones humanas a los problemas económicos, pues en último término la producción y distribución de bienes y servicios debe tener una perspectiva humana, o carece de sentido. Por eso es riesgoso librar a las puras fuerzas del mercado (si tal cosa es posible) el funcionamiento de la economía, porque la dirige hacia propósitos distintos de la satisfacción de necesidades específicas de las personas, o de la mayoría de ellas, pues algunos intereses individuales sí resultan más que colmados.

Al presentar su programa de acción el jueves 9 de marzo, el secretario de Hacienda Guillermo Ortiz comparó la economía pública con la economía familiar al referirse al equilibrio que debe haber entre ingresos y gastos. En general es inadmisibles esa metáfora. Analítica y políticamente es posible hallar un gran número de diferencias entre ambos géneros de economías, entre otras el que la gestión de la economía familiar se hace a partir de un patrimonio propio, mientras que los rectores de la economía pública administran bienes ajenos. Pero si la comparación fuera dable, de ella se extraerían lecciones que el gobierno haría bien en aplicar. Y no argumenten contra la aparente simplicidad de estas notas, sonriendo desdeñosos, los expertos en teoría económica que nos asestan sus programas: ya demostraron que dicen saber, pero no saben.

Por ejemplo, es claro para todos que una madre de familia o un padre de familia tenderían a buscar el bien de sus hijos. En caso de extrema urgencia, procurarían no desatender las necesidades básicas de sus dependientes. Si no se tiene para comer, se pide fiado. Si la atención de una enfermedad lo requiere, se toma un crédito, incluso con usureros: todo antes que el sacrificio de las

personas. Resulta comprensible y recomendable la austeridad de una cabeza de familia que hace entender a los suyos la imposibilidad de incurrir en un gasto superfluo, de cuantía mayor que la de sus capacidades. Pero resultaría grotesca y hasta indignante la adusta actitud de un paterfamilias que condene a muerte a sus hijos sólo porque rehúsa quedar mal fuera del ámbito familiar, renegociando su deuda, pidiendo nuevos plazos y aun mayores créditos.

En vez de optar por una economía que favorezca la creación de empleos y anime la estructura de producción, se elige la vía restrictiva, siempre dañina pero aún más pernicioso cuando se ceba en un cuerpo social ya muy minado por desnutrición crónica. Por añadidura, como los médicos de la Edad Media, que sangraban a sus exhaustos pacientes, al cabo del tratamiento podemos enfrentarnos con la evidencia de que el sacrificio fue inútil, porque las sanguijuelas curativas en realidad chuparon la vida de la víctima. Una medicación tan severa como la que propugna el gobierno requiere un diagnóstico certero, y estamos lejos de contar con él. Los miembros del gabinete que abordan la cuestión se atreven a hablar de "dos o tres meses" así, como al buen tuntún, como el improbable plazo para que se produzca tal o cual efecto de un programa que debería haber sido estudiado con extremo rigor. Y el propio presidente de la República nos sorprende al decirnos que las condiciones económicas son más difíciles "de lo que se creyó" al despuntar enero. ¿Y si al iniciarse el segundo semestre se nos azora con un nuevo descubrimiento sobre una mayor gravedad, requerida de otra terapia?

Si se olvidaran los prejuicios del dogmatismo monetarista, sería posible encontrar fórmulas que resuelvan la trágica paradoja de que haya hombres sin trabajo en un mundo por trabajar.

CAJÓN DE SASTRE

El ex procurador general de la República, Ignacio Morales Lechuga, ha concluido su misión como embajador de México en París, que duró dos años, y ahora volverá a su notaría. Lo reemplazará el ex presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Ulises Schmill, a quien correspondió el descabezamiento del Poder Judicial en cuya cúspide se hallaba. No se improvisará en la diplomacia, pues ya representó a México ante los gobiernos de Alemania Federal, Hungría y Austria, y los organismos internacionales con sede en Viena. Al nuevo embajador en Francia tocará presenciar el relevo gubernamental en ese país, tras las elecciones de mayo, y al término del prolongado mandato, de catorce años, del presidente Francois Mitterrand.



El secretario Santiago Oñate, anunció sin estremecimiento alguno, que además de los 250 mil desempleados recientes, medio millón de personas se quedarán sin trabajo en las próximas semanas, y engrosarán el ejército de desocupados.